

La promesa confirmada

«Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo: En cuanto a mí, he aquí, el pacto es contigo, y serás padre de muchas naciones. Ya no te llamarás Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he hecho padre de muchas naciones».
Génesis 17:3-5

El relato del Libro del Génesis es de gran importancia para el estudioso sincero de la Biblia. En sus páginas se establecen las bases del plan de Dios para la salvación del hombre y la bendición final de todas las familias de la tierra. Por lo tanto, hacemos bien en examinar de cerca su relato y su armonía con todo el relato bíblico que se encuentra en la Biblia. Para nuestra consideración actual, nos centraremos en los capítulos dieciséis, diecisiete y dieciocho del Génesis.

En estos tres capítulos, al estudiar el trato de Dios con Abram, más tarde llamado Abraham, es importante tener presente la promesa divina relativa a una «descendencia». Abram iba a tener un descendiente, una descendencia, que ocuparía un lugar importante en el plan de Dios. Cuando se le hizo por primera vez esta promesa al patriarca, su esposa Sarai, más tarde llamada Sara, no tenía hijos. Sin embargo, ambos creyeron en la promesa de Dios y esperaron pacientemente a que naciera un hijo. No obstante, no llegó ningún hijo. Génesis 16:1

Fue una larga espera. Para empezar, pasó el tiempo que transcurrió desde que se hizo la promesa hasta la muerte de Terah, el padre de Abram, justo antes de que entraran en la tierra de Canaán. Ahora habían pasado otros diez años, y aún no había llegado ningún hijo. Sarai, además de ser estéril, ya tenía una edad avanzada, y su fe en que se convertiría en la madre de la simiente prometida comenzó a desvanecerse. Al parecer, ella aún creía en el plan de Dios con respecto a una simiente, pero comenzó a preguntarse si era su voluntad que ella fuera la madre.

Meditando en este sentido, y deseando cooperar con el Señor, si era posible, le sugirió a Abram que Agar, su sierva, le sirviera de madre para tener un hijo. Según los estándares cristianos de hoy, esto podría considerarse un procedimiento poco ético, pero aparentemente no se consideraba impropio en aquella época. En cualquier caso, ni Sarai ni Abram fueron reprendidos por ello por el Señor, aunque él no reconoció al hijo de esta unión como la simiente prometida. Génesis 16:2, 3

Sin embargo, desde un punto de vista natural, la sugerencia de Sarai no resultó ser una solución satisfactoria al asunto. De manera bastante inesperada para Sarai, tan pronto como Agar supo que daría a luz un hijo, comenzó a despreciar a su señora. En aquellos días, la capacidad de tener hijos se valoraba mucho, y evidentemente Agar comenzó a sentir que era bastante superior a Sarai, y actuó en consecuencia. Génesis 16:4

Sarai informó de la situación a Abram, exclamando: «Mi culpa caiga sobre ti», tratando así de culpar a Abram por este giro de los acontecimientos.

(Génesis 16:5). Es muy posible que Sarai esperara al principio que, en caso de que Agar tuviera un hijo, ella se convirtiera de alguna manera en su madre adoptiva, y que Agar se hiciera a un lado, sin reclamar los derechos de la maternidad. Ahora, sin embargo, Sarai se dio cuenta, por la actitud de Agar, de que no había esperanza de llegar a un acuerdo de este tipo, por lo que comprendió que había sido imprudente sugerir este método para obtener descendencia para Abram.

Abram también se dio cuenta de que las cosas no estaban saliendo como esperaban, por lo que, por lealtad a Sarai, le permitió que tratara a Agar como mejor le pareciera. Según Génesis 16:6, Sarai trató con dureza a Agar, probablemente aumentando sus obligaciones y tareas. Algunos estudiosos de la historia afirman que, según las leyes vigentes en aquella época, habría sido ilegal vender a Agar y así quitarla de en medio. Quizás esa fue la razón por la que se le aumentaron las cargas, con la esperanza de que abandonara la casa y huyera, que es exactamente lo que hizo.

Dios interviene

En ese momento, el Señor intervino en el asunto. Su ángel, o mensajero, encontró a Agar «junto al pozo en el camino a Shur». Shur era el nombre de la gran muralla fortificada que separaba Egipto de Canaán. Evidentemente, Agar se esforzaba por regresar con su pueblo en Egipto; pero el Señor intervino y, por medio de su ángel, le ordenó que regresara y se sometiera a su señora. Génesis 16:7-9

Entonces el ángel pronunció una notable profecía. «El ángel del Señor le dijo: “Multiplicaré tu

descendencia en gran manera, de tal manera que no podrá ser contada por su multitud. ... He aquí, estás embarazada y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Ismael, porque el Señor ha oído tu aflicción”». (Génesis 16:10, 11) Los historiadores parecen estar bastante de acuerdo en que una gran parte de la población de los países árabes de Oriente Medio son descendientes de Ismael.

Agar quedó muy impresionada por la visita del ángel del Señor. El pozo donde el ángel la encontró se llamaba Beer-lahai-roí, que en hebreo significa «Pozo del Viviente que me ve». Agar pareció darse cuenta de que el Señor la había estado cuidando y que, aunque había huido de Abram y Sarai, no había podido escapar del Dios de Abram. Regresó con su señora y, a su debido tiempo, nació Ismael. Génesis 16:13-16

También hubo una lección en esta experiencia para Sarai, y de hecho para todos los que se esfuerzan por servir al Señor. Es la lección de que no se logra nada al intentar huir de nuestras pruebas, o al tratar de alejarlas de nosotros. La falta de fe de Sarai había traído una dura prueba a su vida, y pensó en deshacerse de ella obligando a Agar a huir. Sin embargo, el Señor le devolvió la experiencia. Probablemente la experiencia también suavizó la actitud de Agar. En cualquier caso, el relato bíblico indica que las dos mujeres vivieron juntas después de esto durante 15-17 años.

El pacto de Dios reafirmado

Habían pasado ya trece años, y en Génesis 17:1 leemos: «Cuando Abram tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció y le dijo: “Yo soy el

Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto”». La declaración de Dios de que Abram debía ser «perfecto» se leería más correctamente como «completo o recto». Abram era miembro de la raza caída y moribunda, y la perfección de conducta era algo que estaba más allá de su capacidad. Sin embargo, podía ser recto ante el Señor. Esto es posible para todo el pueblo de Dios, y nada menos que esto es aceptable para el Señor.

En Génesis 17:2-8, Dios reiteró a Abram el pacto que había hecho anteriormente y amplió algunas de sus características. En consonancia con la importancia de los significados asociados a los nombres en relación con el desarrollo del designio divino, el Señor cambió el nombre de Abram, que significa «padre exaltado», por el de Abraham, que significa «padre de una multitud». La declaración original del pacto aseguraba bendiciones a todas las naciones a través de la simiente prometida, pero en estos versículos el Señor amplía ese pensamiento al prometer que Abraham sería «padre de muchas naciones» que, por lo tanto, serían bendecidas. El término padre significa dador de vida, y esta fue la manera en que Dios explicó que la bendición que las naciones recibirían a través de la simiente de Abraham sería la de la vida.

El apóstol Pablo cita esta promesa e indica que todos los que ejercen «la fe de Abraham» en las promesas que Dios le hizo, por lo tanto, califican para ser su «descendencia» (Romanos 4:16-18). Parte de esta descendencia será terrenal y parte celestial, pero la verdad importante que Pablo destaca es que no es necesario ser descendiente

natural de Abraham para formar parte de su descendencia.

«De ti saldrán reyes», prometió Dios a Abraham (Génesis 17:6). Siglos más tarde, los reyes de la nación de Israel procedieron del linaje de Abraham. Sin embargo, el cumplimiento principal de esta promesa está relacionado con la descendencia espiritual de Abraham: Jesús, la Cabeza, y la iglesia, su cuerpo (; Gálatas 3:16, 27-29; Colosenses 1:18). Jesús será el Rey de reyes, y su iglesia reinará con él como reyes durante mil años. Revelación 5:10; 20:6

Génesis 17:8 afirma que, aunque Abraham vivía en Canaán en ese momento, era un «extranjero» o forastero en la tierra. Abraham murió sin poseer la tierra que Dios le prometió; tampoco Isaac ni Jacob la poseyeron. (Hebreos 11:8-10, 13). Sin embargo, la descendencia terrenal de Abraham poseerá la tierra cuando sean restaurados a la vida en la resurrección. Es muy importante tener presente la perspectiva eterna de Dios en nuestro estudio de su Palabra, para no caer en la confusión y el error en nuestros esfuerzos por determinar cómo se cumplen algunas de sus promesas.

La circuncisión: una señal del pacto de Dios

En Génesis 17:10-14, las instrucciones de Dios a Abraham con respecto a la circuncisión fueron dadas como una «señal del pacto» entre ellos. Pablo habla de la circuncisión como una «señal» de la fe que Abraham ya había ejercido hacia Dios y sus promesas, y para todos aquellos que caminan en los mismos pasos de fe. Romanos 4:11, 12

En el Nuevo Testamento, la circuncisión se utiliza para simbolizar la sinceridad de corazón y la pureza de propósito. Se trata, en esencia, del mismo concepto que se encuentra en la declaración del Señor a Abraham de que debía ser «justo». Si bien a la descendencia espiritual de Abraham no se le exige que practique el rito literal de la circuncisión, se le exhorta a circuncidar sus corazones y a despojarse de todas las impurezas de la carne. Pablo escribió: «La circuncisión es la del corazón, en el espíritu, y e , no en la letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios». «Habéis sido circuncidados con la circuncisión no hecha por manos humanas, al despojaros del cuerpo de los pecados de la carne mediante la circuncisión de Cristo». Romanos 2:29; Colosenses 2:11

Es apropiado que el símbolo del pacto de Abraham, que lo abarca todo, sea la circuncisión. Cuando tomamos en consideración la explicación del Nuevo Testamento sobre lo que significa la circuncisión, significa que nadie recibirá las bendiciones prometidas bajo el pacto de Abraham, excepto sobre la base de la pureza de corazón y de motivos ante el Señor, y una fe inquebrantable en sus promesas y en la justicia de sus leyes.

El cambio de nombre de Sarai

Volviendo a Génesis 17, en los versículos 15 y 16 el Señor le revela a Abraham que el nombre de Sarai debía cambiarse a Sara, lo que significa «dama noble», ya que ella sería la madre de reyes. El apóstol Pablo explica la forma en que el Señor considera a Sara como la madre de reyes, afirmando que es porque ella simboliza el pacto mediante el cual se desarrolla la descendencia

espiritual de Abraham. Así, Sara es la madre de los mismos reyes de los cuales Abraham es el padre simbólico. Estos son los reyes que Pablo dice que son «los hijos de la promesa», quienes han de reinar durante mil años para bendición de todas las familias de la tierra. Gálatas 4:22-31

Isaac prometido

Abraham tenía una gran fe en las promesas de Dios, pero no era una fe perfecta. A veces vacilaba, y uno de esos momentos está registrado en Génesis 17:17, 18. A pesar de la esterilidad de Sara, Abraham tuvo fe para creer, cuando Dios le hizo la promesa por primera vez, que ella le daría un hijo, porque entonces ella era mucho más joven. Ahora, sin embargo, además de su esterilidad, tenía noventa años. Cuando el Señor le dijo esta vez que Sara daría a luz un hijo, Abraham «se postró sobre su rostro y se rió».

En su corazón, según indica el pasaje, Abraham dudaba de que tal cosa pudiera suceder, y levantándose del suelo, suplicó ante el Señor: «¡Ojalá Ismael viva delante de ti!», para ser la simiente de la promesa; este parece ser el pensamiento de esta petición. Dios le aseguró a Abraham que Ismael viviría y se convertiría en padre de una gran nación; pero en lo que respecta a la simiente prometida, Sara iba a tener un hijo, su nombre sería Isaac, y él sería el heredero del pacto de la promesa. Génesis 17:18-21

Isaac iba a nacer «en este tiempo fijado del año que viene», dice el versículo 21. Aquí había una profecía temporal de considerable importancia para Abraham. Había esperado muchos largos años a

que Dios cumpliera su promesa de una descendencia, pero durante todo ese tiempo no se le había dado ninguna indicación, hasta ahora, de cuánto tiempo tendría que continuar esa espera. De igual manera, Dios ha puesto a prueba la fe de la mayoría de su pueblo a lo largo de esta misma espera. Los discípulos le preguntaron a Jesús después de la resurrección: «¿Es en este tiempo cuando vas a restaurar el reino a Israel?» Jesús respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o las estaciones que el Padre ha puesto bajo su propio poder». Hechos 1:6,7

A menudo, cuando se acerca el momento en que deben ocurrir los acontecimientos esperados, el Señor revela el secreto a sus siervos. Noé trabajó durante largos años en la construcción del arca, probablemente sin una idea definida de cuándo vendría el diluvio, pero finalmente el Señor dijo: «Dentro de siete días haré llover sobre la tierra». (Génesis 7:4). Así que ahora, con Abraham, el Señor dijo: «En este tiempo señalado del año que viene». En vista de lo que Abraham pensaba en su corazón acerca de la improbabilidad de que Sara le diera un hijo, tal vez el Señor le dio esta información concreta como un medio para fortalecer su fe.

En los versículos finales del capítulo 17 de Génesis, se registra que Abraham se apresuró a obedecer las instrucciones del Señor con respecto a la circuncisión, la «señal del pacto». «En aquel mismo día», dice el relato, procedió a circuncidar a todos los varones de su casa, incluyéndose a sí mismo y a su hijo Ismael. (Génesis 17:23-27). Hay mucha evidencia en las Escrituras de que el Señor aprecia la obediencia inmediata. En el caso de Abraham, su

prontitud indicaría también que su fe en la promesa de Dios con respecto a Sara había sido restaurada y que deseaba cumplir cada detalle relacionado con su parte en el pacto.

Dios se le aparece a Abraham

Mamre era un amorreo que se había unido anteriormente a Abraham cuando este rescató a su sobrino Lot (Génesis 14:13). En Génesis 18:1, la expresión «llanuras de Mamre» evidentemente se refiere a las llanuras que pertenecían a Mamre, ya que Abraham era simplemente un forastero en la tierra. Sin embargo, al parecer, mantenía relaciones amistosas con muchos cananeos, como Mamre y otros.

«El Señor se le apareció» a Abraham, dice el texto, pero más adelante resulta que esta aparición es la visita de «tres hombres» que actuaban como mensajeros del Señor. (Génesis 18:2). Esta forma de expresarse se emplea con bastante frecuencia en la Biblia cuando habla de las relaciones del Señor con los seres humanos. Ningún ser humano podría ver a Dios y seguir con vida. (Éxodo 33:20). Sin embargo, cuando envía a sus mensajeros, espera que aquellos a quienes visitan los traten con dignidad y consideren el mensaje que entregan.

Estos «tres hombres» que visitaron a Abraham eran ángeles —es decir, seres del espíritu— que se habían materializado para poder conversar libremente con el patriarca. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo se refiere a ellos como tales y, por implicación, cita la hospitalidad de Abraham como un ejemplo digno de imitar. «No dejéis de practicar la hospitalidad, pues por ella

algunos, sin saberlo, han hospedado a ángeles». Hebreos 13:2

La hospitalidad de Abraham

Es necesario ponernos en el lugar de Abraham para comprender su gran deseo de hacer que sus visitantes inesperados se sintieran como en casa. No es que viviera en una concurrida calle de la ciudad por donde pasaran miles de personas cada día. Por el contrario, vivía en las «llanuras», y en una tienda de campaña. Es muy posible que pasaran días enteros sin que ni un solo forastero pasara por su tienda. Aquí había tres de ellos, y todo indicaba que eran hombres de considerable importancia.

A los ojos de Abraham, este iba a ser un acontecimiento especial, y deseaba sacarle el máximo provecho. El propio Abraham era un hombre importante en esa parte del mundo y estaba acostumbrado a dar instrucciones cuando quería que se hicieran las cosas. Le dio instrucciones e es a Sara para que ayudara a preparar una comida para estos visitantes excepcionales. Lo mismo ocurre con respecto al joven al que ordenó que despiezara un ternero y lo preparara para la comida. Génesis 18:6,7

Abraham mostró cierto entusiasmo por la visita de los tres hombres, pues el relato dice que «corrió al rebaño» y seleccionó personalmente un ternero que sabía que sería tierno para comer. Las visitas del Señor a través de sus mensajeros acreditados no eran algo nuevo para Abraham. Si bien el apóstol Pablo explica que «sin saberlo, hospedó a ángeles», es muy posible que él percibiera a estos tres hombres como algo más de lo que ellos revelaban.

En cualquier caso, demostró ser un anfitrión amable y cortés, y Sara parece haber cooperado de buena gana con él.

El mensaje a Sara

Abraham permaneció de pie mientras sus invitados comían, asumiendo así el papel de un sirviente (Génesis 18:8). Mientras comían, los tres hombres preguntaron por el paradero de Sara. Aunque Sara había ayudado a preparar la comida, hasta ese momento evidentemente se había mantenido fuera de la vista. Entonces el portavoz de estos visitantes le dijo a Abraham: «Sin duda volveré a ti por estas fechas el año que viene, y Sara, tu esposa, tendrá un hijo». Génesis 18:10

Evidentemente, la tienda no estaba lejos de donde los hombres estaban comiendo, pues Sara oyó este anuncio y «se rió para sus adentros», o, como diríamos, «se rió en su interior». Sin embargo, el ángel sabía que ella se había reído, y cuando él lo mencionó más tarde, Sara lo negó, pero el ángel dijo: «No; pero sí te reíste». Génesis 18:12-15

«¿Acaso hay algo demasiado difícil para el Señor?» Esta es la lección práctica que nos ofrece este relato. Esto es de gran importancia con respecto a la realización del plan de Dios. Quizás una de las razones por las que el Señor permitió que Abraham y Sara envejecieran tanto antes de que naciera Isaac fue precisamente con el propósito de demostrar que era Él, y no ellos, quien era responsable del cumplimiento de todas sus promesas.

El cristianismo actual, y durante siglos, ha imaginado erróneamente que el éxito de los

propósitos de Dios en la tierra depende de los esfuerzos del hombre. Todos deberíamos alegrarnos de que no sea así, y de que su plan de bendecir a todas las familias de la tierra a través de la descendencia de Abraham se cumplirá con certeza. Es seguro, a pesar de todas las circunstancias que parecen indicar lo contrario. Es una «esperanza que tenemos como ancla del alma, segura y firme». Hebreos 6:19

Dios pone a prueba a Abraham

El Señor confía a sus siervos asuntos que les conciernen a ellos y a aquellos en quienes tienen un interés particular. En términos generales, el pueblo de Dios, iluminado por la verdad, debería interesarse por toda la humanidad. Deberían tener el espíritu de Abraham y manifestar entusiasmo por el plan de Dios: el plan según el cual, a través de la descendencia de Abraham, todas las familias de la tierra serán bendecidas.

El Señor había decidido destruir Sodoma debido a la gran maldad de la ciudad. Sin embargo, aprovechó la ocasión para poner a prueba el interés de Abraham por la gente de la ciudad, y particularmente su preocupación por sus propios parientes: Lot y su familia, que moraban allí. «¿Debo ocultar mi plan a Abraham?», preguntó el Señor. «Porque Abraham ciertamente se convertirá en una nación grande y poderosa, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas a través de él». Génesis 18:17, 18

En este pasaje se nos ofrece un ejemplo interesante de cómo Dios tiene en cuenta las limitaciones mentales de sus siervos para que puedan

comprender su punto de vista. Parafraseando lo que Dios le dijo a Abraham, esto implica que había oído un informe de que la gente de Sodoma y Gomorra era muy malvada, por lo que había bajado a investigar. Si eran tan malvados como indicaba el informe, seguramente los destruiría. En realidad, por supuesto, el Creador del universo y Dios del cielo y de la tierra no necesitaba visitar la tierra personalmente para obtener la información que necesitaba. Esta era simplemente su manera de hablar al nivel de comprensión de Abraham.

Abraham intercede

Evidentemente, Abraham percibió que el Señor tenía en mente la posible destrucción de Sodoma y Gomorra. Le suplicó fervientemente al Señor que salvara la ciudad, especialmente si se demostraba que había algunas almas justas allí. Al principio, Abraham preguntó si la ciudad sería perdonada si se encontraban cincuenta almas justas. Cuando continuó reduciendo el número, es posible que tuviera en mente a Lot y a su familia. Génesis 18:23-32

El Señor demostró tanto su paciencia con Abraham como su disposición a mostrar misericordia al acceder a su súplica, incluso mientras él seguía reduciendo el número. Al final, ni siquiera había los diez justos requeridos, por lo que las ciudades fueron destruidas. Génesis 19:24, 25

Esto plantea un punto importante en vista de la promesa de Dios de bendecir a todas las naciones de la tierra. Jesús indica que no se hizo ningún esfuerzo para lograr el arrepentimiento de Sodoma y Gomorra. Si lo hubiera habido, explicó Jesús,

habrían permanecido y no habrían sido destruidas. (Mateo 11:23, 24). Sin embargo, lo más importante es que Jesús también explicó que, en el período del día del juicio del reino, se les dará la oportunidad de arrepentirse, cambiar sus caminos y obtener vida. Así, vemos un claro ejemplo del hecho de que, junto con el resto del mundo, serán recordados, en armonía con la promesa hecha a Abraham de que a través de su simiente serían benditas todas las familias de la tierra. ¡Cuánto anhelamos el pronto cumplimiento de esta y de todas las promesas de Dios para su creación humana!